

á mostrar á esos perros lo que sacan con mostrar los dientes al rededor de la guarida de los lobos.

CAPITULO XXIX.

NEMESIS.

¿ERA verdad lo que habia dicho el Amal?

Filemon vió correr á Rafael y entrar en los jardines del Museo. Sus últimas palabras habian sido un mandato de que permaneciese donde estaba, y el jóven no se movió. El portero negro le dijo con alguna insolencia que su señora no queria ver á nadie ni recibir mensajes; pero él habia formado su resolución, y quejándose del sol se colocó tranquilamente detrás de un poste, y se sentó allí en el pavimento, pronto para un salto desesperado. El esclavo le miró con atentos ojos; mas estaba acostumbrado á los caprichos de los filósofos, y dando gracias á los dioses de no pertenecer á semejante clase de se-

res, se retiró á su celda porteril, y no se volvió á acordar del asunto.

Filemon aguardó media hora larga, pareciéndole que trascurrían horas, dias, años. Con todo, Rafael no volvía ni se presentaba soldado ninguno. ¿Era el judío un traidor? ¡Imposible! Su semblante habia expresado tan intenso terror como él del monge.... Sin embargo, ¿por qué no estaba ya de vuelta?

Quizá habia hallado las calles vacias y se habia convencido de que sus mútuos temores carecian de fundamento... ¿Qué significaba aquel grupo de hombres á unas doscientas varas de allí, y á la sombra de la calle lateral situada enfrente de la puerta del costado que conducia al salon de lecciones de Hipatia? Se dirigió hácia ellos para observarlos; mas habian desaparecido. Otra vez se sentó y aguardó... y de nuevo vió presentarse el anterior grupo. Era un puesto sospechoso. Aquella calle corría á espaldas del Cesáreo, punto de reunion favorito de los monges, y que comunicaba por innumerables entradas y edificios posteriores con la grande iglesia... No obstante, ¿por qué no habrian de reunirse allí algunos monges?

¿Qué cosa mas comun en cada calle de Alejandria? Filemon trató, pues, de desechar sus temores; pero la insistencia de pensar en ellos los convirtió en certeza. Conoció que un suceso terrible estaba próximo. Observó con mayor atencion desde su escondite.... El grupo de hombres permanecia allí, y aun parecia haberse aumentado y acercado mas. Si le encontraban en aquel sitio, ¿qué no sospecharian? Pero no le importaba; pues habia decidido á morir por ella, si las cosas llegaban á ese extremo. Y aunque no era de creer que llegasen, sin embargo, tenia que hablar á Hipatia, que advertiria del peligro. No cesaban de pasar gente de á pié y carruajes; multitud de estudiantes entraron en el salon de lecciones; pero él no los vió, aunque habian atravesado la calle por cerca de donde estaba. El sol seguia adelantando en su carrera, y sus rayos daban de lleno en el ángulo que ocupaba Filemon; de suerte que el pavimento se puso como hierro hecho áscua, y los ojos del jóven estaban deslumbrados por un resplandor tan vivo; pero no lo notó siquiera. Todo su corazon, su vista, sus sentidos todos se habian fijado

en aquella bien conocida puerta, esperando á que se abriese....

Al fin un *curriculo*, en que se veia brillar la plata, rodó en torno del ángulo y se paró frente á él. Hipatia iba, pues, á salir. El grupo de hombres habia desaparecido. Quizá todo fuese ilusion suya. No; estaban allí, mirando hácia el ángulo, próximos al salon de lecciones. Un esclavo salió con una funda bordada... y en seguida se dejó ver Hipatia, mas radiante de gloria y hermosura que nunca. En sus labios posaba una triste y firme sonrisa; sus ojos se dirigian al cielo en actitud de inquirir, ardientes, y sin embargo, dulces, oscurecidos por algun gran temor interno, como si su alma se hubiese ya emancipado y estuviese en la presencia de Dios.

Filemon se precipitó hácia ella, cogió su ropa convulsivamente, y se arrojó á sus piés esclamando:

—¡Detente! ¡detente! ¡Vas á tu destruccion!

Hipatia le miró con serenidad.

—¡Cómplice de hechiceras! ¡Pretendes que la hija de Teon sea, como tú, traidora?

El monje se levantó y retrocedió abrumado de vergüenza y desesperación.... ¡Ella le creía, pues, culpado!... ¡Era la voluntad de Dios!

Las plumas de los caballos flotaban á alguna distancia cuando volvió en sí, y se lanzó tras ella gritando sin saber qué.

¡Era demasiado tarde! Una oleada de hombres salió de la emboscada y se precipitó sobre el carro... Hipatia había desaparecido, y mientras Filemon seguía corriendo anhelante, los caballos pasaron junto á él galopando en dirección contraria con el carruaje vacío.

¡A dónde la llevaban aquellos hombres? ¡Al Cesáreo, á la iglesia de Dios? ¿Sería posible?... La multitud, creciendo por momentos, bajaba á la playa, y volvía con piedras, conchas y pedazos de loza.

Hipatia estaba sobre las gradas de la iglesia antes que Filemon hubiese llegado á ellas, invisible en medio de la muchedumbre; pero los fragmentos de su vestido la impedían perderla de vista.

¿Dónde estaban á la sazón sus discípulos? ¡Ay! se habian parapetado vergonzosamente en el Museo á la primera embestida de la multitud que la arran-

có del carro á la puerta de salón de lecciones. ¡Cobardes! ¡El la salvaría!

Y luchó en vano para penetrar la densa masa de hombres y mugeres de las últimas clases del pueblo, entre los cuales se veían también monjes y paracanos agrupados alrededor de la víctima. Pero lo que él no pudo conseguir lo consiguió otro ser más débil... el porterrillo. Furiosamente (nadie supo cómo ni de dónde) surgió, como si brotase del suelo, en lo más espeso de la multitud, abriéndose paso hácia su ídolo con el chillo, dientes y uñas, semejante á un gato salvaje devorado por la rabia. Mas ¡ay! le derribaron en tierra y rodó por las gradas, quedando allí medio muerto y anegado en llanto, mientras que Filemon saltó por encima de él y entró en la iglesia.

¡Sí! ¡en la iglesia! En aquel recinto frío y oscuro, con sus columnas enceladas, sus cúpulas, sus lámparas, su incienso, su brillante altar y sus grandes cuadros. Enfrente, sobre el altar, estaba el colosal Cristo observando inmóvil la escena, con la mano derecha levantada en actitud de bendecir... ¡o de maldecir!

En la nave habia esparcidos nuevos pedazos de su ropa, y en las gradas del altar, y sobre el mismo altar; á los piés del Cristo. Allí se detuvieron un momento aquellos furiosos.

Hipatia se desprendió de sus atormentadores, y dando un salto hácia atrás, se irguió por un segundo cuan alta era. Estaba desnuda, perfecta como la misma Palas, contrastando su blancura de nieve con las masas sombrías que la rodeaban.... Véase la vergüenza y la indignacion brillar en sus grandes y claros ojos, pero ni una nubecilla de temor. Con una mano se envolvió en sus dorados cabellos, y extendió el otro brazo hácia el Cristo, como apelando... en vano ¡ay! en vano.... ¡del hombre para ante Dios! Sus labios se abrieron con intencion de hablar, pero las palabras que debian salir de ellos solo Dios pudo oirlas; pues en un instante Pedro la derribó en tierra con un golpe, y la multitud se precipitó de nuevo sobre ella... Entonces no se oyeron ya mas que alaridos prolongados y penetrantes, que repetian las bóvedas del techo, y que sonaron en los oidos de Filemon como la trompeta de los ángeles vengadores.

Oprimido contra una columna, incapaz de moverse, se tapó los oidos con las manos; ¡pero no logró apagar aquellos gritos! ¡Cuándo terminarian? ¡Qué estarían haciendo? ¡Destrozándola pedazo á pedazo? Sí, y peor que eso. Y los gritos continuaban, y el Cristo colosal seguia inmóvil, mirando á Filemon con serenos ojos.... Y sobre su cabeza estaba escrito en el arco-iris: “¡Yo soy el mismo hoy que ayer y que siempre!”

Todo habia concluido. Los gritos se convirtieron en gemidos, y á estos sucedió el silencio. ¡Cuánto tiempo habia estado allí? ¡Una hora ó una eternidad? ¡Gracias á Dios, todo habia concluido! En cuanto á ella.... pero ¡y en cuanto á ellos? De repente un nuevo grito resonó en la cúpula.

—¡Al Cinaron! ¡A reducir los huesos á cenizas! ¡A esparcirlos por el mar!....

Y la multitud salió de la iglesia....

Filemon quiso huir; pero una vez fuera del templo, las fuerzas le faltaron y se dejó caer en las gradas, mirando con estúpido horror el brillo de la llama y la muchedumbre que saltaba y ahullaba como demonios en torno de Moloch.

Una mano cogió su brazo; alzó los

ojos y vió al porterillo. Eudemon le estuvo contemplando un instante. El terrible golpe habia desencantado á aquel infeliz para siempre.

—¡Hice cuanto pude á fin de morir con ella! dijo.

—¡Hice cuanto pude por salvarla! respondió Filemon.

—Lo sé. ¿Los dos no la amábamos?

Y el cuitado portero se sentó junto á Filemon, y al ver correr la sangre de sus heridas por el pavimento, prorumpió en amargo llanto.

Hay ocasiones en que la misma intensidad de nuestra desgracia es un beneficio, aturdiéndonos hasta el punto de impedir que el pensamiento nos atormente. Así sucedió con Filemon, el cual permaneció allí sentado largo tiempo.

—¡Está con los dioses! dijo al cabo Eudemon.

—Está con el Dios de dioses, contestó Filemon; y otra vez callaron ambos.

De improviso una voz imperiosa los sacó de aquel letargo. Miraron, y conocieron á Rafael Aben-Ezra.

Estaba palido, pero al mismo tiempo sereno como la muerte. Su aspecto no les dejó duda de que lo sabia todo.

—Jóven monge, dijo entre dientes, parece que la has amado....

Filemon dirigió los ojos al cielo sin poder articular un sonido.

—Entonces levántate y huye al rincón mas distante del desierto, antes que la sentencia de Sodoma y Gomorra caiga sobre esta maldita ciudad. ¿Tienes padre, madre, hermano, gato, perro, pájaros por quien te intereses dentro de esas paredes?

Filemon se estremeció acordándose de Pelagia... Aquella noche (Cirilo se lo habia ofrecido) veinte monges de confianza debian acompañarle para arrebatarla y llevársela consigo.

—¿Tienes? Entonces vé por ellos y huye, acordándote de lo que sucedió á la muger de Lot. Eudemon, sígueme. Es preciso que me conduzcas á tu casa, á la habitacion de Miriam la judía. No lo niegues... Sé que está allí. Por amor á la que acaba de perecer, te preservaré de todo daño: mas aún; te recompensaré ricamente si te muestras fiel. ¡Levántate!

Eudemon, que conocia bien el semblante de Rafael, se levantó y le guió á su casa temblando. Filemon quedó solo.

No volvieron á encontrarse en la tierra. Pero Filemon conoció que habia estado en presencia de un hombre mas fuerte que él, y que aborrecia aun mas amargamente que él aquel crimen que no debiera haber alumbrado la luz del sol. Sus palabras "Levántate y huye," pronunciadas con el duro predominio de sí mismo, y los lábios contraídos, que caracterizan la agonía encerrada dentro del pecho, sonaron á los oídos del monge como la trompeta del juicio. Huiria, sí. Habia salido á ver el mundo, y lo habia visto. Arsenio tenia razon. ¡Al desierto otra vez! Pero antes queria ir solo á hablar con Pelagia, y suplicarla de nuevo que huyese en su compañía. Era una locura tratar de persuadirla usando de la fuerza. El reino de Dios no debia considerarse como un reino de fanáticos, sino de almas generosas y sumisas. Si no podia ganar su corazon, su voluntad.... se iria solo y moriria rogando por ella.

Dejó las gradas del Cesáreo y subió por la calle del Museo. ¡Ah! ¡qué océano rugiente de cabezas! La plebe estaba saqueando la casa de Teón... ¡la casa de tantos recuerdos! ¡Quizá el pobre

anciano habia perecido tambien! Sin embargo.... ¡su hermana! Era preciso salvarla y huir. Excitado por esta idea, tomó una calle lateral y trató de seguir adelante.

Pero cada calle arrastraba su corriente de fanáticos furiosos al sitio principal; y antes de que llegase á la casa de Pelagia el sol se habia puesto, y detras de él sonaba, repetido por diez mil voces, el grito de ¡Abajo los paganos! ¡Mueran todos los godos arrianos! ¡Mueran las prostitutas idólatras! ¡Muera Pelagia Afrodita!

Corrió precipitadamente á la puerta de la torre, donde Wulf le habia ofrecido ayudarle. Estaba entreabierta, y en la oscuridad pudo ver una figura de pis en el pasadizo. De un brinco salvó loé escalones, pero en vez de Wulf halló á Miriam.

— ¡Déjame pasar!

— ¡Por qué!

Filemon, sin responder, intentó atropellarla y proseguir su marcha.

— ¡Necio, necio, necio! dijo la hechicera, sosteniendo la puerta con todas sus fuerzas. ¡Dónde están tus compañe-

ros de rapto? ¿Dónde tu banda de monjes?

Filemon retrocedió. ¿Cómo había descubierto la vieja su plan?

—Sí... ¿dónde están, estúpido?... ¿Aun no te has desengañado de lo que son los monjes, llegando tu ceguedad hasta querer que esa infeliz niña renuncie á su naturaleza humana, como tú y los tuyos? ¡No!... ¡Muger es, y muger vivirá ó morirá!

—¡Déjame pasar! gritó Filemon furioso.

—Levanta la voz... que yo tambien la levantaré, y entonces no respondo de que te quede un momento de vida. ¡Necio! ¿Crees que he hablado como judía? No, sino como muger... como monja. ¡Yo fui monja en otro tiempo, loco!... ¡No, no te apoderarás de ella! ¡La ahogaré primero con mis manos!

Y volviéndole la espalda, empezó á subir aprisa por la escalera de caracol.

Filemon la siguió: pero la intensa pasión de la hechicera le comunicó la fuerza y ligereza de una joven Ménade. El monje estuvo una vez próximo á dejarla atrás; mas se acordó de que no co-

nocia el camino, y se contentó con ir pegado á ella, como á una guia.

Miriam subió muchas escaleras, hasta que de repente entró en un cuarto. Filemon se detuvo. A unos cuantos piés sobre él mostrábase el estrellado cielo, lo que era señal de que estaba cerca del techo. Dentro de un instante la vieja salió del cuarto é iba á seguir subiendo, pero el joven la cogió por el brazo, y arrojándola en el vacío aposento, cerró tras sí la puerta. Hecho esto, no tardó en llegar á la azotea y verse en presencia de Pelagia.

—¡Vamos! le dijo casi sin aliento. ¡Ahora es la ocasion! ¡Ahora que todos están abajo!

Y tomó la mano de su hermana. Pelagia retrocedió.

—No, no, contentestó en voz baja; no puedo, no puedo... ¡Me lo ha perdonado todo, todo! ¡y soy suya para siempre! Cabalmente ahora que se encuentra en peligro, que está espuesto á que le hieran... ¡Cielos! ¡iria á cometer una bajeza tal como abandonarle!... ¡Nunca!

—¡Pelagia, Pelagia, querida hermana! exclamó Filemon en la mayor agonia, ¡acuérdate del castigo del pecado!